



Detalle del mural *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*. Se observan la Catrina, Frida Kahlo, José Guadalupe Posada y un autorretrato de Diego Rivera cuando era niño.

Fotografía: Carlos Mercado, archivo personal.

MÁS ALLÁ DEL DISFRAZ Y PEDIR CALAVERITA: EL DÍA DE MUERTOS, UNA FIESTA ESTACIONAL

Carlos Alberto Mercado Limones
Departamento de Teoría y Análisis

HACE UN POCO MÁS DE 45 AÑOS –CUANDO ERA NIÑO–, el Día de Muertos en la Ciudad de México era mucho menos celebrado y difundido. Sin los bombardeos comerciales de la actualidad, los infantes nos dábamos cuenta de la cercanía de la fecha porque –a mediados de octubre– las panaderías pintaban sus ventanales con imágenes que rememoraban los grabados de José Guadalupe Posada, señal inequívoca de que unos días después, del interior de éstas, emergería el sabroso aroma del *pan de muerto*; en aquel tiempo, manjar verdaderamente efímero, pues los anaqueles colmaban de ellos alrededor del 28 de octubre y dejaba de venderse no más allá del 3 de noviembre. La venta de las dulces calaveras, que en ese momento se hacían únicamente de azúcar, era igualmente limitada y fugaz.

No obstante, la televisión había aportado ya la información suficiente para lograr que en la noche del 1º de noviembre reinterpretáramos el *Halloween*. Al atardecer, afanosamente buscábamos, en roperos y alacenas, cajas de zapatos o de galletas para horadarlas haciéndoles algunos huecos que en conjunto simulasen una cara fantasmal o cadavérica. Luego, la diversión consistía en salir en compañía de nuestros hermanos y amigos a deambular por el vecindario, yendo de puerta en puerta y pidiendo *calaverita*; nadie se ocupaba en disfrazarse, ya que, además de caro, requería de tiempo que nuestras madres no estaban dispuestas a aportar. Después de unas horas de caminata, regresábamos a casa para tomar chocolate con pan de muerto y contar las monedas colectadas en las improvisadas alcancías, ya que casi nadie daba dulces o golosinas.

Los *altares u ofrendas de muertos* eran muy escasos, sólo se veían unos cuantos, pues la presencia de éstos en los hogares denotaba la cercanía de esa familia con antepasados “rurales”, y todavía a mediados del siglo xx, en barrios populares y clasemedieros se imponían (con más fuerza, que hoy) atavismos castistas heredados del virreinato novohispano. Así, los pocos altares de muertos que colocaban algunas familias, eran una afirmación de su origen; o bien, en otras, aún más exiguas, un acto de rebeldía y transgresión social –creo que en mi casa había algo de ambos–. Las clases adineradas, de presunción criolla, veían esto como una costumbre

Vitrina de panadería en Día de Muertos
Fotografía: Carlos Mercado, archivo personal



exótica con un atisbo macabro, una acción indigna de ser replicada. En las escuelas y otras instituciones públicas no se colocaban ofrendas de muertos, pues hacerlo no confería ningún prestigio institucional.

En la década de los ochenta, la globalización y con ella el *Halloween* parecían ganar en esa batalla de identidad. Las *discos* (otro producto de la globalización, hoy convertidas en *antros*) se volvieron escenarios propicios para las bromas y la juega nocturna; así, aquellos niños que unos años antes pedíamos calaverita, sin ocuparnos de disfrazarnos, en las discos dimos rienda suelta a los atavíos estafalarios de dráculas, momias, hombres lobo y diablos. Este entorno permeó a las nuevas generaciones de infantes, quienes, con disfraces y calabazas de plástico (*made in China*) comprables en supermercados, dejaron en el olvido (aún más) las cajas de zapatos y los altares de muertos.

Paradójicamente, en esa misma década diversos medios masivos de información se interesaron por tratar temas relativos

a los patrimonios culturales locales; sobre todo aquellos que iban adquiriendo una impronta universal. Aunque la convención de la UNESCO sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural se efectuó en 1972, fue hasta 1978 que el Comité del Patrimonio Mundial o de la Humanidad otorgó a las Islas Galápagos el primer reconocimiento como tal. México, desde el inicio, se había dado a la tarea de integrar expedientes y, gracias a ello, finalmente en 1987 logró que le fuesen reconocidos seis sitios: cinco de ellos con valor cultural y uno natural. Estos reconocimientos motivaron un replanteamiento sobre la importancia del patrimonio cultural nacional. De ahí que sitios naturales, zonas arqueológicas, entornos virreinales, naves y zonas industriales, así como conjuntos contemporáneos, comenzaron a ser documentados, en el ánimo de que también fuesen reconocidos como patrimonio de la humanidad. En la actualidad, el nuestro es uno de los países con mayor cantidad de reconocimientos en esa categoría cultural.

Ante los importantes logros internacionales obtenidos en la protección del patrimonio material, en la última década del siglo xx, la intangibilidad del patrimonio cultural provocó también el interés de organismos e instituciones afines, buscando a través de diversos congresos sentar las bases para su estudio, catalogación y protección.

Dentro de la amplia gama de manifestaciones intangibles del acervo nacional, el Día de Muertos, ahora sí de gran difusión incluso en la Ciudad de México, llamó la atención de estudiosos e investigadores de la cultura, por ser una tradición que se mantenía vigente y vigorosa en el ámbito rural, con una amplia cobertura a nivel nacional, a través de diversas manifestaciones locales que tenían en común: realizarse en los días de *Todos los Santos* y *Fieles Difuntos* del santoral católico y la elaboración de múltiples artefactos destinados a usarse en el montaje de elaboradas ofrendas en los hogares, así como en los cementerios de las muy diversas comunidades, donde además se efectúan velaciones acompañadas de rezos, música y comida, sin que sea rara la presencia de alcohol.

En la ciudad de México otro fenómeno impactó la celebración: el terremoto de 1985.

Sincrónicamente, otro fenómeno impactó la celebración. A causa del terremoto de 1985, el Hotel del Prado fue severamente dañado; el mural de Diego Rivera *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central* milagrosamente no fue afectado y, en 1986, para su conservación, tuvo que ser trasladado a un predio baldío. Una vez ahí se construyó en torno a él un museo para su exhibición. El Museo Mural Diego Rivera se inauguró hasta el 19 de febrero

de 1988, debido a la dificultad que significó mover un mural –pintado al fresco– de 4.7 m de altura, 15.6 m de largo y 15 toneladas de peso. La apertura de este espacio alcanzó relevancia mundial, y la prensa internacional a finales del siglo xx contribuyó al redescubrimiento de Diego Rivera, Frida Kahlo y José Guadalupe Posada y de la Catrina.¹ Desde entonces, la Catrina de Rivera y la Calaca Garbancera de Posada ocuparon un sitio preponderante en la iconografía de la celebración, incrementando notoriamente su difusión y reproducción. En la actualidad estos personajes son tan comunes que parecieran haber sido parte de la fiesta de muertos desde que fueron creadas, pero esto no fue así.

Es importante señalar que lo que ahora celebramos como Día de Muertos efectivamente es un rito mestizo de origen mesoamericano ancestral, que a lo largo del tiempo ha transformado su expresión y consideración; sin embargo, ante la trascendencia cultural de la festividad, es importante conservar ciertos sentidos y significaciones que soportan su valor cultural.

La primera consideración sustancial es que el Día de Muertos tiene dos ámbitos de expresión y, dependiendo del medio, modifica su estética y espiritualidad: la rural y la urbana. La del medio rural es la fiesta considerada patrimonio intangible de la humanidad y en ella perviven con mayor vigor una mixtura aún inacabada de conceptos y símbolos, pertenecientes tanto a la ritualidad prehispánica como a la católica; no obstante, muchos de ellos, con el trascurso de los años, han trastocado su significación. Así por ejemplo, y como consecuencia de la educación globalizada, se ha borrado de la cognición social la realidad climática estacional

¹ <http://www.museomuraldiegorivera.bellasartes.gob.mx/historia/hotel-del-prado.html>

del país. En México, por nuestra posición geográfica (intertropical),² tenemos dos estaciones y no cuatro. Nuestras estaciones son “la de lluvias” y “la de secas”. Las culturas oriundas (prehispánicas) lo tenían muy claro y desarrollaron dos festividades para celebrarlo: 45 días después del primer equinoccio del año (20 o 21 de marzo) se realizaban ceremonias que agradecían el término de las secas y eran además propiciatorias de lluvias (en la actualidad las conocemos como las fiestas de la Santa Cruz o del 3 de mayo). De manera semejante, 45 días después del segundo equinoccio (22 o 23 de septiembre), en lo que ahora llamamos Día de Muertos, se celebraba y ofrendaba en agradecimiento a la tierra por las cosechas levantadas durante la estación de lluvias, y se esperaba devotamente la recarga energética de la tierra que ocurría en la estación de secas.

Ambas fiestas, en su origen, fueron rituales que marcaban el cambio estacional. El sincretismo religioso, a consecuencia del cambio paradigmático ocurrido durante el virreinato, provocó que se volvieran fiestas *católicas* y se desvinculasen de su función retributiva y propiciatoria inicial, con lo cual pasaron a adquirir otras significaciones difusas al mezclar costumbres, artefactos y símbolos. De la cultura mesoamericana se conservan las ofrendas hogareñas que agradecen a la tierra y a la lluvia las cosechas obtenidas, aunque ahora se diga y piense que son para satisfacer la voracidad de los cadáveres por la abstinencia alimenticia en el más allá. A los muertos se les lleva la comida a los cementerios, por ello, se realiza la

² México se localiza en la zona conocida como intertropical por ser la franja ubicada entre los trópicos de Cáncer y Capricornio y atravesada por el Ecuador. Tanto la zona intertropical como las tundras sólo poseen dos estaciones y no cuatro que es una característica exclusiva de las zonas ubicadas entre los trópicos y los círculos polares ártico y antártico.



Ofrenda tradicional del Día de Muertos

Fotografía: Carlos Mercado, archivo personal.

velación, aunque la velación como tal es una tradición católica y no mesoamericana; esta aparente confusión se debe, a que en las culturas mesoamericanas las personas al morir eran sepultadas dentro de sus casas y, así, las ofrendas eran para la tierra y la lluvia, pero también para los familiares muertos que aprovechaban la ocasión para alimentarse un poco mientras llegaban al Mictlan. En el siglo xvi, los frailes y párrocos obligaron a los indígenas a enterrar a sus difuntos en los atrios de los conventos o en *campos santos*, obligando con ello a que la celebración se dividiese en dos ritualidades: la ofrenda retributiva en los hogares y la convivencia

con los familiares difuntos en los cementerios. En la actualidad, la población rural repite anualmente el ritual, con convicciones alejadas de su sentido original, si bien con una devoción espiritual semejante a la inicial.

La celebración del ámbito urbano se inspira en la ofrenda rural; no obstante, se ha desarrollado de manera diferente, pues el espíritu ciudadano tiende a no incluir el agradecimiento a la tierra y a la lluvia por las cosechas obtenidas, situación desafortunada porque, no obstante que en las urbes no seamos agricultores, sí nos alimentamos de los productos del campo y ser agradecidos con la tierra no nos estaría de más. Por otra parte, el resurgir del Día de Muertos en el ámbito urbano, exento de su ritualidad ancestral, se ha desarrollado como una manifestación más libre y soberana, capaz de admitir disímolas expresiones artísticas y plásticas, lo cual con los años la ha robustecido, llegando a ser hoy en día un derroche de creatividad que involucra a todas las esferas de la sociedad.

La vitalidad del Día de Muertos puede llevarnos a pensar que la festividad no requiere de protección.

Cada año, por tanto, la festividad adquiere mayor relevancia en más urbes del país, entre o tras cosas, a causa del amplio espectro de expresiones culturales que convoca. Muchas de ellas se cobijan en el excelente pretexto que una “figurada e imaginaria muerte” da para criticar, analizar y en ocasiones burlarse juguetonamente de los políticos y otras personas públicas, satirizando los acontecimientos rutinarios que determinan el devenir de la vida cotidiana y social. Las composiciones literarias llamadas “calaveras” y las caricaturas en

los periódicos y otros medios impresos dan cuenta cabal de ello. Los concursos de instalaciones—ofrendas, que se promueven en escuelas e instituciones de cultura, administración pública y turismo, abren también un campo enorme de oportunidades de expresión a los artistas, los artesanos y la población para dar expresión libre a sus creencias, aspiraciones, inconformidades y aun temores sobre la muerte o la vida presente. El Día de Muertos también es la oportunidad para degustar los sabores que la tradición culinaria ha impuesto en tan significativa fecha, a través de los panes, dulces, chocolates, tamales y moles, y muchos otros platillos que se elaboran a partir calabazas, camotes, guayabas, tejocotes y cañas, cada uno de ellos tentadora motivación para los paladares.

Luego de enfrentar este trayecto, el Día de Muertos en las urbes es visto ahora como una celebración de identidad y afirmación cultural, que no pretende ostentar un desprecio por la muerte, sino al contrario, por tradición cultural, incorporarla respetuosamente a la existencia como un componente más de la vida.

La vitalidad del Día de Muertos puede llevarnos a pensar que esta festividad no requiere de protección sin embargo, esta puede ser una consideración equivocada, porque, cuando celebraciones como estas pierden su espiritualidad se vuelven continentes sin contenido, y pueden llegar a ser escenarios que modifiquen acriticamente su expresión hasta un punto donde se vuelvan irreconocibles e irreconciliables para con su intención inicial. Por ello es que debemos procurar que la fiesta no deje ser un ritual que exalte el cambio estacional, agradezca las cosechas que se reciben y, por supuesto, conmemoren también a los muertos. En las actuales generaciones de jóvenes está igualmente la responsabilidad de preservar el sentido que le da realidad a su legado cultural. 